

colaboraciones

Nacionalismo-internacionalismo,
la vieja polémica

La polémica nacionalismo-internacionalismo constituye uno de esos escollos imaginarios en que la izquierda comunista ha gastado tozudamente sus muchas veces exiguas energías. Mientras se discutía airadamente sobre si la lucha revolucionaria del proletariado podía o no prescindir, por motivos estratégicos, de su esencial internacionalismo y adquirir un «carácter nacional» (concepto éste que nunca se definía con la claridad que su abusiva utilización parecía merecer), el capital, por su cuenta, internacionalizaba sus relaciones, disolvía fronteras, devoraba mercados y economías nacionales en todas partes del mundo e incluso compraba las políticas de los países económicamente más dependientes. Al final, resultaba ser el propio capital y no la lucha revolucionaria el que no podía permitirse el lujo de reconocer fronteras nacionales ni de vivir sujeto a las relaciones políticas interestatales. Las grandes empresas, los monopolios y las corporaciones multinacionales no sólo no tienen nacionalidad alguna; para ellas — como apunta E. Galeano en su magnífico libro *Las venas abiertas de América Latina*—, «la nación no es una tarea a emprender, ni una bandera a defender, ni un destino a conquistar: la nación es casi siempre nada más que un obstáculo a saltar (porque a veces la soberanía incomoda) y una jugosa fruta a devorar». América Latina y gran parte de los países del llamado *Tercer Mundo* sufren actualmente los devastadores efectos del proceso *desnacionalizador* que sus precarias economías (industria, suelo, comercio interno, bancos, capital financiero) se ven obligadas a padecer a causa del dominio ejercido por los grandes intereses extranjeros desde dentro y fuera de sus fronteras. Nunca éstas habían desempeñado antes un papel tan anecdótico, nunca las banderas habían sido tanto como ahora menos trapos de colores (el logotipo de cualquier firma multinacional tiene infinitamente mayor relevancia en su corta vida que la obstinada existencia de las banderas). El «internacionalismo» capitalista celebra su éxito contra todo nacionalismo superviviente. La forzada liberalización del comercio, la manipulación de la deuda externa mediante el dominio del sistema bancario internacional y el control de los valores bursátiles, la deva-

luación de las monedas nacionales impuesta por los organismos acreedores, la sangría de los intereses y sus formas de pago, las inversiones en los países endeudados que sus gobiernos se ven forzados a consentir, la invasión masiva de sucursales bancarias que desvían el ahorro nacional hacia las empresas extranjeras, ahogan a las empresas nacionales por falta de crédito y contribuyen a la monopolización de la explotación de los recursos nacionales por las filiales imperialistas..., todo ello y algunas cosas más operan con una eficacia infinitamente superior a la de cualquier proclama internacionalista en favor de una *desnacionalización* de la iniciativa política de los países «en desarrollo». En primer lugar, una desnacionalización de la política económica. Pues en realidad, en la sociedad capitalista, que una política sea económica significa que deja de ser una política nacional — la política de un estado — para convertirse en la política anónima del capital, que ningún estado ni soberanía nacional puede verdaderamente ejecutar ni dirigir. Cuando en nuestra sociedad actual se habla de «política económica», se quiere decir en realidad que la economía es la política: la única política posible, el gobierno ingobernable de la sociedad capitalista. Pero también se produce en los países subdesarrollados (aunque no sólo en ellos) una desnacionalización de la política «no económica» del Estado. Literalmente hipotecados por la deuda externa y asfixiadas sus economías por el acoso imperialista internacional, los gobiernos de estos países ven tremendamente obstaculizada la atención a las demandas sociales internas y encuentra virtualmente impedida la gestión de cualquier asunto, por imprescindible que sea para sus respectivas poblaciones, que pueda contrariar o afectar a los intereses extranjeros de los que dependen económicamente. *Las cartas de intenciones* que el Fondo Monetario Internacional (bajo el dominio de los EE.UU.) obliga a firmar a los países que se ven necesitados de sus «generosos» créditos comprometen en muchos casos a sus gobiernos a cumplir un severo programa de reajuste y estabilización económica en un tiempo establecido. Las consecuencias de ello pueden verse fácilmente: T. Mata y J. Dowell las resumen de

este modo en su artículo «El terrorismo del dinero»: «Los expertos del servicio de asistencia técnica del F.M.I. entran a saco en los bancos y ministerios del país deudor, conociendo todos los datos secretos sobre su economía y sus finanzas. Como su objetivo es hacer que el país sea solvente, dictan medidas destinadas a reducir el gasto público (salud, educación, vivienda, transporte, subvenciones a alimentación, etc.), abaratar las exportaciones (infirmos salarios, abuso de la tierra) y facilitar aún más la entrada del capital extranjero (si es necesario desnacionalizando empresas del Estado, como se hizo con cincuenta empresas de Argentina entre 1963 y 1968)». No ha de sorprender, pues, que el hambre, la enfermedad, la pobreza y el analfabetismo sean de hecho algunos de los efectos inmediatos de la relación que las políticas nacionales de los países más pobres se ven forzadas a sostener con el sistema económico internacional.

Resulta, entonces, que mientras que los comunistas seguimos debatiendo sobre la compatibilidad teórica de la política nacionalista con la lucha revolucionaria del proletariado, nada celebra con mayor regocijo el capitalismo central que la impotencia y nulidad operativa que padecen la mayor parte de los gobiernos nacionales de la periferia. Es el propio desarrollo imperialista del capitalismo el que convierte cualquier tipo de iniciativa nacional (política, económica o social) en algo incómodo, peligroso y potencialmente revolucionario. Es ese imperialismo el que obliga en muchos casos a que la lucha de clase revolucionaria tenga lugar como *lucha por la liberación nacional*. Por eso, resulta necio que contra esta evidencia algunos comunistas sigan todavía empeñados en rechazar cualquier tipo de reivindicación nacionalista sin atender a mejores razones que la de que los fascismos de entreguerras también fueron nacionalistas.

P.D.: Aunque no era ésta ni mucho menos la intención del artículo, no sé si lo dicho puede ayudar a comprender por qué no es un absurdo creer que la lucha revolucionaria del proletariado es en Euskadi una lucha por la liberación nacional.

Pedro FERNANDEZ LIRIA

zelatan

Hitz ederren
lardasketan

Lehenago egunean, goizeko lehenengo albisteak entzutean, ximiko bat sendi nuen barrualdean: «EAK Frente Abertzalea proposatzen du». Segituan etorri zen zehazketa bat EEren eskutik: «Frente Nacionalista para el Senado»... Alegia: nola edo hala HBk Gipuzkoan atara ditzakeen hiru senatoreei bidea hesteko maltzurkeria. Helburua, beraz, gu ginen: ezker abertzale. Ez, noski, *espaniar imperialismoa*.

Aurreko gertakariak bertatik eza-gutu ditugunontzat, badu honek guztiak kutsu «kafkaiarra»: Bandrés «frente nacionalista» baten buru...

Nik neuk, aitor dut, Teleforo-rekin batera, «frente abertzalea» proposatzen nuen Franco Hiltzera zihonean. Telefonoren hitzez esateko, hauxe zen helburua: «La acción concertada de las fuerzas abertzales».

Hots, «dos omen diren hiru alderdi horietako batek, diximulurik gabe esan du: «Nosotros proclamamos nuestro "sí" inequívoco a la Constitución». (Eta honek hau dio: «La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la nación española, patria común e indivisible de todos los españoles» (Art. 1.).

Bigarren batek, berriz, orain dela 43 urte, ia-ia etenduririk gabe, PSOE-ren menpean darama bere politika; piperpotoa gurtuz, ikurriñaz lotsatuz, eta abertzaleei «azazko etorkizunaz» mehatxatuz.

Hirugarrenak, azkenik, Montejurra-ko erdaldun bat izendatu du alkate hiriburu euskaldun batean; bidenabar bertako Euskal Txokoa hustuz, eta Bandresekiko mirespen mugagabea aitortuz.

Sinesgarritasuna eta lotsa apur bat! Gure herriak hori bederen merezi du. Baina zuek, hitzik sakratuenak lardasketuz, ukatu egiten diozue.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Colombia

(Juan Zapater, «Navarra Hoy»,
9-IX-89)

Asustado por el fantasma del paro que atenaza el afán beligerante de la máquina de guerra norteamericana, Bush ha comprendido que la amenaza al mundo capitalista ya no adquiere tintes ideológicos sino que es la falta de ideas, sacrificadas bajo la dependencia de los narcóticos, el nuevo cáncer que se apodera de la juventud de la Coca-Cola.

Otra Coca muy distinta compete en la oferta y la demanda del corazón de Wall Street sin subordinarse al fisco y Bush, con actitud ejemplificadora, ha decidido poner fin al problema. De momento se vierte sangre colombiana, hay guerra en Bogotá, huele a muerte en Caracas y todos los cadáveres hablan lengua castellana.

Además de vidas humanas, las secuelas de esta guerra son deducibles: disminución de la oferta, au-

mento del precio, inquietud en la demanda y presumible incremento delictivo que disparará, en todo el mundo, la llamada inseguridad ciudadana cerrando el ciclo de una política absolutamente represiva. Siendo como es éste un problema fundamentalmente económico y social, no se justifica que la única solución ideada sea la militar. Con la red del narcotráfico, además de las familias colombianas, pescan las más elevadas fortunas del mundo. Envenenar las aguas sólo contribuye a modificar el problema pero no a resolverlo. Y eso lo sabe bien el demagogo Bush y su camarilla por lo que, en realidad, se percibe que esta campaña hipócrita no lo es a favor de la salud pública, sino contra miles de colombianos a los que el tío Sam no controlaba.

Prudencia

(Carlos Pérez Uralde, «Deia»,
9-IX-89)

Me sorprende que el señor presidente del Gobierno español alabe la prudencia y la mesura de don

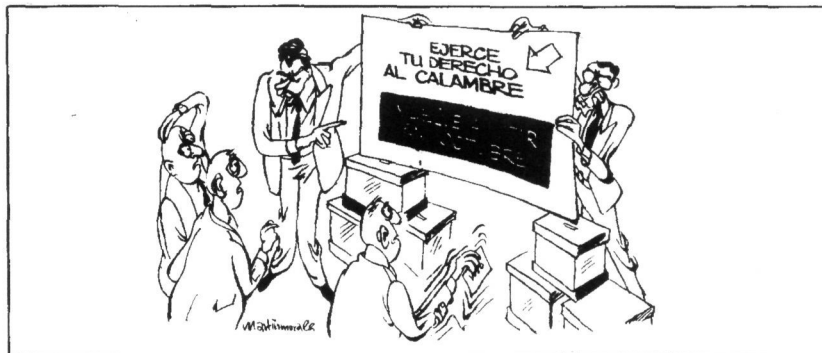
Carlos Menem justo en el momento en que el mandatario argentino se dispone a amnistiar a los culpables de la atroz carnicería en que se convirtió la dictadura militar.

Y hablando de prudencia y medidas, ahí tienen las declaraciones del propio Menem elogiando al coronel Seineldín, recalciante gol-

pista, por guardar silencio en estos momentos cruciales para la patria.

Que el perro no ladre no significa que no esté dispuesto a morder, y no hay que ser un zoólogo especialmente perspicaz para saberlo. Mientras tanto, el coronel recibe en el domicilio donde se supone que está arrestado la reiterada visita de

la plana mayor de la derecha peronista, y disculpen ustedes la redundancia. Todo está listo para el perdón, y si las cosas no las remedia la presión popular, muy pronto los carniceros, los torturadores, los sicarios y los asesinos estarán tomando mate con la cara dibujada por la satisfacción del deber cumplido. nplp



«OTR press»